













La

lista

secreta

Título original: *Den klamme liste og andre historier*  
© Morten Ramsland & Cato Thau-Jensen & Gyldendal,  
Copenhagen 2020  
Published by agreement with Gyldendal Group Agency

© De la traducción: Daniel Sancosmed Masía  
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.  
C/ Doctor Blanco Soler, 26  
28044 Madrid  
Tlf: (+34) 917 055 057  
info@nordicalibros.com

Primera edición: mayo de 2023  
ISBN: 978-84-19320-87-2  
IBIC: YF  
THEMA: YF  
Depósito Legal: M-16738-2023  
Impreso en España / *Printed in Spain*  
Gracel Asociados  
Alcobendas (Madrid)



Editor de la colección, no conoce la lista: Jesús Félix Sacristán  
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

# Morten Ramsland

ilustrado por  
Cato Thau-Jensen

traducido por  
Daniel Sancosmed Masiá



y otras historias





## Índice

La lista secreta	13
El mundo de la isla	33
Los muertos del cajón	53
El ladrón invisible	69





La lista  
**secreta**



—¿Y ese papel? —pregunta Sigurd en el recreo y mira a Birk y a Storm, que son compañeros de clase y están delante del cobertizo del patio agitando un trozo de papel. Sigurd camina haciendo equilibrista por el balancín con su amigo Aksel. Comienzan en un extremo y suben por el columpio hasta que cae al otro lado.

—Es un papel secreto —dicen Birk y Storm.

—¿Nos dejas verlo?

—Si todo el mundo pudiera verlo, dejaría de ser secreto —contestan, se dan la vuelta y giran el papel.

—¿Es un mapa del tesoro? —pregunta Sigurd.

—Es más secreto aún —dicen Birk y Storm.

—¿Es un mapa del tesoro secreto? —pregunta Aksel. Birk y Storm niegan con la cabeza.

—¿A lo mejor es un mapa secreto de un tesoro secreto en una isla secreta? —pregunta Sigurd.

—Qué va —dicen Birk y Storm y se meten en el cobertizo con un brillo en la mirada—. No es ninguna tontería de niños.

Sigurd y Aksel se quedan quietos un instante. Ya no les apetece caminar sobre el columpio. Birk y Storm asoman las cabezas por la ventana del cobertizo.

—¿Queréis entrar a verlo o qué?

Sigurd y Aksel entran a toda prisa, Storm cierra la puerta y Birk desdobra el papel, que tiene los bordes desgastados como si lo hubiera llevado varios días en el bolsillo.

—¿Qué ES eso? —pregunta Sigurd.

—Es «La lista de asquerosos» —susurra Birk una vez ha abierto el papel—. Y es supersecreta.

En la parte de arriba del papel pone claramente y en mayúsculas «La lista de asquerosos», y debajo hay un montón de números delante de unos nombres: Lucas es el número uno, Astrid el dos, Nohr el tres, Ella el cuatro, etcétera.

Sigurd visualiza a los cuatro, pero no acaba de saber por qué son los primeros de la lista o por qué a Birk y a Storm les brillan los ojos de esa manera.

—¿Por qué son tan asquerosos? —pregunta Aksel.

—Son los MÁS GORDOS —susurra Birk.

—Ah —dice Aksel.

—Ah —dice también Sigurd y comprende de pronto por qué están ellos en la lista. Ve su nombre, está en el puesto doce. No está mal. Aksel está en el diecinueve. Hay veinticuatro niños en clase, pero solo veintidós nombres.



—¿Por qué no estáis vosotros en la lista? —pregunta Aksel.

—Porque no —contestan los dos.

—¿Cuánta gente la ha visto? —insiste Aksel.

—No mucha... de momento.

—Creo que es trampa que no estéis —protesta Sigurd mientras Birk dobla el papel y se lo guarda en el bolsillo.

Cuando suben a clase después del recreo, Sigurd mira a Lucas, que está sentado junto a la ventana. Le mira ligeramente la cara, los brazos, las piernas. Antes nunca había pensado en si estaba gordo o no, pero ahora sí lo ve. Y también ve que Astrid está un poco rellenita. Y los que están más arriba en la lista, Nohr y Ella, pero no mucho más que él.

Por la noche, después de cenar, Sigurd va al baño. Se quita la ropa y se mira el tronco desnudo en el espejo. ¿No ha engordado un poco? No mucho, solo un poquito de tripa y de cadera. ¿A lo mejor porque ha cenado mucha lasaña? Es una comida que le encanta y siempre come toda la que puede. Y si consigue comer muchísimo, por ejemplo, cinco raciones, cuatro zanahorias y un tomate, también suele sentirse orgulloso.

—¿Queréis saber cuánto he comido hoy? —les pregunta a sus padres—. ¡CINCO trozos! ¿No es una locura?

Y sus padres asienten, sonríen y dicen:

—Te vas a poner muy grande y fuerte.

¿Se puede pensar que su padre y su madre se equivocan? ¿Que por haberse comido cinco trozos de lasaña uno puede ponerse algo más que grande y fuerte?

En la cama, antes de dormir, le pregunta a su padre si se puede llegar a comer demasiada lasaña.

—Sí, sí —dice el padre, que está más preocupado por empezar a leer—. Seguro que se puede.

—Entonces, ¿puedes ponerte algo más que grande y fuerte por comer lasaña? ¿Aunque comas sano? —pregunta Sigurd.

—No, no —contesta el padre y hojea el libro—. Te puede doler la tripa. Recuerdo que una vez en una comida de Navidad comí demasiado y me dio dolor de estómago.

—Me refiero a que si uno también puede ponerse GORDO —dice Sigurd.

—Sí —dice el padre, se ríe ligeramente y se da una palmada en la barriga—. Aquí está la prueba.

—¿Muy gordo? ¿Tanto como una foca?

—¿Una oca?

—Una foca.

—Ah, sí, quizá sí.

—Y si comes espinacas, ¿también? —pregunta Sigurd. Las espinacas son el alimento más sano que se le ha ocurrido.

—Nah, nunca he oído algo así.

—¿Pero podría pasar? Aunque no sepas si ha ocurrido.

—Sí, claro —dice el padre y cierra el libro—. Todo puede engordar. Las zanahorias también, si te comes un campo entero todos los días.

—Lucas está gordo —dice Sigurd.

—¿Cómo era Lucas? —pregunta el padre—. No me acuerdo de él. ¿Es el rubio?

—Es el niño más gordo de la clase. Y es moreno.

—No recuerdo que haya niños gordos en tu clase.

—Hay un montón.

—No me cuadra —dice el padre.

—Están en una lista secreta —replica Sigurd.

—¿Una lista?

—Sí. Y es más secreta que un mapa secreto de un tesoro secreto en una isla secreta.

—Anda ya.

—Yo estoy en el número doce —dice Sigurd—. Y después de toda esta lasaña, quizá en el once...

—Ya, al menos no te falta imaginación —murmura el padre y se pone de pie—. Bueno, que descanses. Parece que hoy no nos da tiempo a leer el cuento.

Sigurd no había pensado antes en esas cosas, pero ahora no para. Si sigue zampando para ponerse grande y fuerte, probablemente acabará en el número uno de la lista. ¡Por encima de Lucas y de Astrid!

Sería lo peor que podría pasar. No solo porque en cada recreo Birk y Storm están con los ojos brillantes delante del cobertizo del patio preguntando cada vez a más gente si quieren entrar a ver la lista secreta. Sigurd piensa que seguramente ya habrá subido al puesto número once.

Una semana después, piensa que ya estará en el número diez. O en el ocho, o en el seis. Intenta no comer tanto. Cuando hay lasaña, come solamente un trozo. Cuando hacen noche de chuches, dice que no quiere, pero acaba comiendo alguna.

—Dime, ¿estás malo? Como no quieres más golosinas... —le pregunta su madre una noche.

—Me duele un poco la tripa —dice Sigurd.

—Bueno, pues si no quieres, robo un par más —dice el padre.

—¡Yo también! —dice su hermano mayor y se lanza sobre la bandeja.

—Creo que para la noche de chuches yo voy a comer pepino —dice Sigurd—. ¿Se puede hacer eso? ¿O a lo mejor una zanahoria?

Sigurd se va y se vuelve a mirar en el espejo del baño. ¡Ya está bien! Ha engordado MÁS. No solo un poco más, sino mucho más, está obeso, quizá más que Lucas. Al menos más que Astrid, que Nohr y que Ella. Se pone de lado, respira hondo y la tripa se agranda y se engorda.

Relaja totalmente el cuerpo, deja que todo el interior de su cuerpo se baje al estómago y mira en el espejo cómo no para de crecerle la tripa y cómo esta llena todo el cuarto de baño. Está supergordo, es el niño más gordo que jamás haya visto, mucho más que cualquier otro niño del colegio.

Por la noche, sueña que se encuentra la lista en el cobertizo del patio, donde no hay ningún niño. Está gastada y raída y Sigurd la desdobra con cuidado, la mira y su nombre está en todo lo alto: «Número 1: Sigurd, el asqueroso de la clase, cerdo grasiento».

En el sueño se da cuenta de repente de por qué no hay ningún niño cerca: ¡porque está muy gordo como para que a alguno le apetezca jugar con él! Y se despierta en mitad de la noche. Le tiembla todo el cuerpo y está sudando.

Al día siguiente, Peter, su profesor de Lengua, dice que tienen que intentar hacer una cosa. Tienen que cerrar los ojos e intentar sentir en la tripa cómo de alegres están por tener que ir al colegio, si es un dedo, dos, tres, cuatro o cinco.

—¿Cómo? —preguntan muchos compañeros.

—Un dedo significa triste —explica Peter—. Dos, no especialmente contento. Tres, a medias, cuatro, contento y cinco, superfeliz.

—¿Y qué pasa si se está un meñique y un pulgar contento, pero no un índice y un corazón? —pregunta Aksel.

—No tiene gracia —dice Peter y niega con la cabeza—. Cerrad todos los ojos y sentid y yo contaré hasta diez. Después, levantad la cantidad de dedos que se corresponda con lo que notáis en la tripa.

—¿Y si te duele la tripa, pero estás contento de venir al cole? —pregunta Sigurd.

—Pues se levantan los cinco dedos —dice Peter.

—¿No habría que quitar uno por el dolor de tripa? —pregunta Aksel.

—Solo si duele porque se está en el colegio, no si es un dolor de tripa normal y corriente.

Cuando Peter dice «ya», Sigurd cierra los ojos y nota en la tripa lo que siente. Levanta tres dedos y entreabre ligeramente los ojos y ve que Lucas solo ha levantado uno.

—Gracias —dice Peter.

Sigurd nota que, durante el resto de la clase, Peter les da una palmada en el hombro a los niños gordos. Y durante el recreo, también se queda para hablar con Lucas mientras los demás se van corriendo.

Sigurd pasa la mayor parte del recreo con Aksel en el balancín, al lado de la caja de arena, pero cuando Birk y Storm entran en el cobertizo, Sigurd se baja de un salto y va hacia ellos.



—¿Puedo ver la lista otra vez, por favor? —pregunta.

—¿Qué lista? —dicen Birk y Storm—. No sabemos nada de ninguna lista.

—«La lista de asquerosos» —dice Sigurd.

—¿Tú sabes de qué está hablando Sigurd? —pregunta Birk.

—Qué va —contesta Storm—. No tengo ni idea de las tonterías que está diciendo.

—Solo quiero ver si sigo en el número doce.

—Ah, ¿es solo eso? —dice Storm y lo mira de reojo.

—Sí —contesta Sigurd.

Birk y Storm se miran.

—Pues es que es una lista muy secreta, ¿no? —dicen—. No es algo de lo que se vaya hablando a gritos. Si alguien pregunta, hay que decir que nunca la has visto. Es una lista de esas. Una lista secreta que nadie ha visto. Y que se hace solo por diversión.

No es que Sigurd tenga un plan inteligentísimo, pero en cuanto Storm le da la lista, se da la vuelta, sale corriendo del cobertizo y atraviesa el patio. Sucede sin que lo haya pensado. Va corriendo hacia la alcantarilla que hay delante de los lavabos y mira hacia atrás para ver si Storm y Birk han salido detrás de él. Quiere tirar la lista, pero antes tiene que mirarla. Debe comprobar si está en el primer puesto, delante de Lucas y de Astrid, como en el sueño. Se pone a desdoblar el

papel. Birk y Storm llegan corriendo desde los columpios con cara de enfado. Debería de tener tiempo suficiente para mirarla y tirarla, pero le tiemblan las manos y el papel se burla de él. Y entonces suena el timbre, se ha acabado el recreo y Peter le pone la mano en la nuca.

—Vamos a clase —le dice—. De camino quería preguntarte una cosa.

—Pero tengo que... —dice Sigurd y se mete el papel en el bolsillo a toda prisa. Ha visto que Birk y Storm se han frenado en seco.

—He oído a gente hablando de una lista —dice Peter—. ¿Tú también?

—¡Jamás! —dice Sigurd.

—¿Nada de nada? —insiste Peter.

—No, no —contesta Sigurd—. Y ahora tengo que...

—Ajá —dice Peter.

Sigurd quiere irse corriendo, pero Peter no lo suelta hasta que no entran en la clase.

Se sienta en su sitio y piensa en cuánto tardaría en *comerse* la lista. Piensa en los bordes desgastados y en cuánto tiempo llevaba en el bolsillo de Storm. Seguramente tendrá que beber un montón de agua para tragársela. Pero se le ocurre una nueva idea y levanta la mano.

—¿Sí? —dice Peter.

—Tengo que ir a hacer pis —dice Sigurd.

—Espera un momento —contesta Peter.

—Siempre hemos podido ir a hacer pis —dice Sigurd mientras piensa que si se tira algo por el váter, también acaba en la alcantarilla.

—Sí, pero no ahora —dice Peter.

Aksel levanta la mano.

—¿Sí, Aksel? —pregunta Peter.

—No es sano aguantarse mucho tiempo. Eso suele decirle mi padre a mi madre porque siempre me dan ganas de hacer pis cuando tengo que ayudar en algo. Y mi madre se enfada. Una vejiga es como un globo de agua pero con pis dentro.

—Sí, pero no nos apetece oír más historias de esas, ¿de acuerdo? —dice Peter harto y, cuando todos se han sentado, habla con seriedad—. He oído algo de una lista.

La clase se queda en un silencio absoluto.

—He oído que existe una lista que es una completa estupidez y que la mayoría de los que estáis aquí la habéis visto. ¿Es así?

Nadie dice nada. Lucas resopla y baja la mirada hacia la mesa. A Sigurd le late con fuerza el corazón.

—Lo voy a preguntar de otra manera. ¿Hay alguien aquí que NO haya visto la lista?

Lucas levanta la mano, Nohr también, y Ella y Astrid hacen lo mismo.

—Vale —continúa Peter—. ¿Alguien más?

La clase sigue en silencio.







—Yo tampoco la he visto y me encantaría. ¿Alguien me la puede mostrar? —pregunta Peter.

Se ha levantado de la silla y va caminando por el aula. En la clase nunca ha habido un silencio igual.

Se detiene delante de Storm y Birk y los mira.

—Creo que sería una idea muy buena que me la dierais ahora —dice sin apartar la mirada.

—¿Qué? —dicen y hacen gestos con los brazos—. Nosotros no la tenemos. No tenemos NADA que ver con esa lista. ¿Por qué nos miras a nosotros? —Tienen la voz calmada, pero los ojos se mueven inquietos.

—¿Pero sabéis a qué me refiero?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

De repente se les ilumina la mirada.

—Pero hemos oído que la tiene Sigurd.

—¿Sigurd? —dice Peter, que gira la cabeza y se vuelve hacia él.

—Sí, hemos oído que la tiene él en el bolsillo del pantalón —dicen y les vuelven a brillar los ojos de esa manera tan característica.

Peter mira a Sigurd con cara de pocos amigos.

—¿Qué es eso que dicen, Sigurd?

—No... no lo sé. No tengo ni idea. Y ahora tengo que... ¡ir al baño!

—Antes vamos a ver qué tienes en el bolsillo —dice Peter.



Sigurd tiene ganas de tirarle algo a la cabeza. Y a Birk y a Storm.

—¡YA! —grita Peter.

Sigurd mete la mano en el bolsillo, saca el trozo de papel doblado y se lo entrega a Peter.

Después se levanta rápidamente, sale de la clase y baja al baño. Echa el cerrojo, se sienta en el váter y piensa que nunca jamás saldrá de allí.

Pasa mucho tiempo hasta que empiezan a llamarlo.

—¡Sigurd! —se oye—. ¡Siguuuurd!

Oye a muchos de sus compañeros de clase y también a Aksel. Alguien coge el pomo de la puerta, hace ruido en el baño de al lado y trepa por el separador. Sigurd ve un par de manos en la parte superior y aparece la cabeza de Aksel, que lo mira. Sigurd desearía que hubiera paredes de verdad entre los váteres y no esos separadores que no llegan hasta el techo.

—¿Qué haces, tío? Todo el mundo anda buscándote —dice Aksel.

—Estoy cagando —responde Sigurd.

—Pues debe de ser una mierda gigante.

—Vete —dice Sigurd.

—Pero hemos estado en clase hablando. Y Peter ya sabe que la lista la hicieron Birk y Storm. Y se han disculpado con Lucas, aunque me atrevo a apostar que solo lo han hecho porque Peter los ha obligado. Seguían

diciendo que la lista era una broma. También hemos hecho nuevos grupos de juego. Tú y yo vamos a jugar con Lucas la semana que viene. Y desde ahora todos nos vamos a portar bien con todos. Hemos prometido no hacer o decir tonterías jamás. Hoy empieza un nuevo mundo, un mundo mejor. Al menos eso dice Peter. Lo ha escrito en la pizarra con letras grandes.

—Vale, entonces voy —dice Sigurd, se levanta del váter y abre.

Mientras sale, se ve en el espejo que hay encima del lavabo. Ahora está clarísimo. La tripa, la cabeza, los muslos y el culo están mucho más hinchados y con más grasa de lo habitual. Siente un ligero mareo. Con razón Peter lo ha puesto en el grupo con Lucas. ¡Está claro!



